

Se editan las memorias y el dietario de Manuel Pórtela Valladares

JOSÉ ANTONIO DURAN*



Pórtela Valladares.

LAS «FUGAS» DEL AVENTURERO

* Historiador. Editor de las memorias de Manuel Pórtela.

EL año 1988 será, en cierto modo, el año de la recuperación (del descubrimiento, sería mejor decir) de Manuel Pórtela Valladares. Dos editoriales están ultimando sendas ediciones de textos inéditos suyos: Alianza Editorial (Madrid) dará a conocer las *Memorias de guerra*; Edición 'do Castro (Sada, La Coruña) el curioso y voluminoso *Dietario de dos guerras (1936-1950)*. En conjunto, más de mil folios, mecanografiados a un espacio, acotados con correcciones a mano del propio autor, ofrecen su testimonio acerca de medio siglo de vida española y europea, en la que fue protagonista —en primer Aplano o entre candilejas— Este oscuro personaje, acaso el más denigrado por los recuerdos y memorias circulantes. El cacique gallego de la vieja política; el «traidor», liberal, capitalista y masón de 1936, verdadero culpable de la guerra civil española, para tantos protagonistas del Alzamiento...

Dos fugas de Manuel Pórtela Valladares alcanzaron verdadera resonancia. Por la primera, que nunca consideró tal, abandonó el poder en manos de Azaña, después del naufragio electoral del cen-trismo que lideraba y de la victoria del Frente Popular, en febrero de 1936. La segunda, orquestada por la prensa inglesa y el clarín radiofónico del general Queipo de Llano, se precipita el 28 de julio de 1936, en una Barcelona bajo el tenso descontrol de la Generali-tat y de las milicias populares. Fueron precisamente hombres del Gobierno catalán quienes prepararon cuidadosamente la salida de uno de sus expresidentes (forzoso —eso sí—, impuesto por Le-rroux como anexo al cargo de primer Gobernador General de Cataluña y como consecuencia de los acontecimientos de 1934).

Desde el 19 de julio, por pura l'ógica de aquel descontrol precisamente, el líder centrista quedó bajo la ojeriza de las partidas que dominaban la calle. Según su propio testimonio, más de cien personas participaron en la preparación de la huida. Vestido, por lo que parece, de sufragista inglesa, de manera novelesca por lo tanto, el personaje cruzó la ciudad desde su centro (Gran Vía Diagonal-Paseo de Gracia), donde tenía plantada la ostentosa residencia familiar desde veintitrés años antes. Comenzaba así el temprano exilio forzoso de un setentón nada resignado a hacer vida contemplativa. Un hombre de acción, en realidad, con probados arrestos para afrontar las situaciones más delicadas, curtido en la política y

en los negocios desde la juventud, acaso el máximo experto no catalán en política catalana y en los más distintos ámbitos de la vida barcelonesa. En la ciudad, a donde llegó como gobernador civil en 1910, casa —tres años más tarde— con una de *laspubillas* de mayor fortuna, asediada por distintas estrategias matrimoniales. De ahí le viene el título de conde consorte de Brías, apenas utilizado por él, pero abalanzado sobre el nombre por Ips innumerables adversarios políticos con que contaría a lo largo de su intenso historial.

El parón inesperado, como la sentida necesidad de dar respuesta a la imagen que en torno a su personalidad se está componiendo en uno y otro frente, lo mueve a escribir. Recupera así una actividad de la que hizo uso abundante desde los primeros años de vida pública, cuando es un mozo liberal-demócrata de la clase de los monteristas, redactor de *El Diario de Pontevedra*. Actividad, por otra parte, en la que ha de alcanzar indudable prestigio como propietario de un gran periódico de autor, bien instalado, con excelente información e intencionada línea editorial, i que continuaba saliendo por entonces en la ciudad de Vigo. *El Pueblo Gallego*, por cierto, militarizado por los alcistas casi desde las primeras horas del Alzamiento, falangista después, es prueba —aunque diste mucho de saberlo todavía— de la honda desconfianza que su personalidad y su trayectoria merece a los nuevos dominadores de la tierra gallega. Fruto, en fin, de esa inacción, de la amargura consiguiente al estado de cosas, que le deja errante y en relativa pobreza, como lobo estepario buscado por toda suerte de cazadores, las *Memorias de Guerra* y el voluminoso dietario que las complementa.

Iniciado todo con la arribada al Chatel Guyon de Port Ven-dres, el 31 de agosto de 1936, estos documentos rezuman angustia y contrariedad. Pese a ello —importa llamar la atención del lector sobre este punto— no fueron nunca concebidos como papeles privados, pensados para ajuste de cuentas con su propia conciencia. Buscan la publicidad; nacen para la imprenta. Tampoco son puro ejercicio de imparcialidad, objeto analítico de político en retiro o de historiador objetivo que mira, como con nosotros acontece, los toros desde la barrera del tiempo. No. Estas páginas están escritas por un testigo de excepción, alcanzado por la furia de unos significados que trata de controlar y de reconducir hacia su personal idea de los mismos. Forman parte, por tanto, de su propia estrategia personal y política (lo mismo hacia adelante, mirando hacia el futuro, que en la reflexión acerca del pasado). Tienen —eso sí— un interés histórico evidente, originado por la propia dinámica biográfica y la singular envergadura intelectual de este denso personaje, curtido en las luchas más inesperadas. Así, conviene saber que, siendo producto prototípico del género, no deja de presentar singularidades dignas de destacar.

Importa conocer lo mal sabido, incluso en su tiempo. Manuel Pórtela Valladares no es uno de aquellos políticos improvisados, que llegaron con el aluvión de la Segunda República a: los primeros planos de la vida española. Es firma correosa de la tramoya,

**LA ESCRITURA
COMO
SUSTITUTIVO**

**DÉLA «VIEJA
POLÍTICA» A
LA REPÚBLICA**

**MILAGRO
BIOGRÁFICO**

hombre curtido en las lides de la «vieja política», que conoce la circunstancia y los resortes del poder en todas sus instancias y niveles, como pocos contemporáneos. Es, además, hombre reflexivo, con abundantes lecturas, perfectamente digeridas. Desde los años de estudiante, integró —en son de estrella— un grupo generacional compostelano de indudable relevancia: Valle-Inclán y Bargiela, por ejemplo, fueron grandes amigos suyos desde entonces. Por medio de esta punta bohemia de la greña literaria, frecuentó en el Madrid de entresiglos las tertulias modernistas y no-ventaiochistas, objeto de sus recuerdos. Pese a ello, siempre consideró rebajada la condición de literato, precisamente por la falta de acción que —en su concepto— entrañaba tal oficio. Aprendió de la literatura, sin embargo, la manera de escribir, a la que después hemos de referirnos, y supo respetar a esa clase de intelectuales cuando se ceñían a las reglas propias de su oficio, como en Valle-Inclán, como en Baroja; pero receló de ellos a tope cuando se desbordaban en ejercicios diferentes, caso de la política, una de las muchas razones que esgrime en su compleja —pero más bien rebajada— concepción de A/aña, por ejemplo.

Venido de abajo, producto casi de un milagro biográfico, fue abogado y registrador de la propiedad. Frecuentó como pasante alguno de los despachos más célebres de su tiempo; pero tiene mala idea del abogadismo y, como en el caso de los intelectuales-literatos, récela del simultáneo ejercicio de la tal profesión y la política. Y por muy parecidas razones en uno y otro caso: los literatos, por propia deformación de oficio, tienden a confundir la realidad de las gentes históricas, de carne y hueso, con los personajes de ficción, libérrimos en el «arte de hacer novelas», lo que marca su diferencia con los otros; los abogados, por la obligatoria defensa de contrarios, ejercida incluso contra el Derecho y la Justicia, llevan el delirio de oponerse a todo hasta extremos peregrinos, viéndose incapacitados para construir y decidir de frente, sin el recurso a la intriga y al rodeo, por puro y rebajado escepticismo. Unos y otros padecen, pues, el mismo grave mal: incapacidad para la toma de decisiones oportunas, ajustadas a realidad y justicia, especialmente en circunstancias graves, en las que —siempre según su parecer— se precisan convicciones escasas, pero firmes, y flexible tenacidad para mantenerlas.

Estamos, pues, ante un hombre de acción, con ideas propias muy pensadas, originales bien de veces, nacidas de su experiencia acerca de la gobernabilidad del país, incluso en momentos excepcionales. Siendo político correoso, de oficio y casta, jamás tuvo prisa por llegar al poder o de ostentarlo durante demasiado tiempo. Fue diputado, por primera vez, cuando frisaba los cuarenta; gobernador civil de Barcelona en plena madurez; ministro a los 57; jefe de Gobierno casi a los 70... Pese a ello, ya suena como ministrable en 1910. Le estaba destinado el futuro más venturoso si una bala no quebrase la vida de su amigo y protector, José Canalejas. Alineado, por tanto, en la punta izquierda del Partido Liberal, curtido en la tradición liberal galaica que va de Antonio Romero Ortiz a Eugenio Montero Ríos, fue de por vida librepensador anticlerical, masón cada vez más destacado y accidentalista

prototípico. Fiel, como revelan estas páginas, a la memoria de ambos, caminó siempre por su pie como «vello carballíp solitario» (viejo roble solitario), cultivando un complejo sentido de la independencia de criterio al que había de pagar dura soldada.

Pero Pórtela no era sólo un político de oficio, orgulloso de ser y de aparecer impuesto en el mismo, con opinión —casi siempre escuchada atentamente (incluso por aquellos personajes que, estando situados en sus antípodas, parecían denostarlo)—, también ha conseguido ir instalándose con firmeza en el seno de otras instituciones que —caso de la banca, la prensa, importantes sociedades económicas o la masonería— tienen inequívoca presencia en la realidad que refiere en estas páginas.

Los años —muchos años, como diría él— le dieron un trato constante, próximo e intenso, con los principales protagonistas de los acontecimientos que narra. De ahí nace la valía de sus perfiles, tan en contraste con otras valoraciones circulantes, hijos de una interpretación original que ciñe siempre a la escritura intencionada, contenida, casi inadjetiva, que lo caracteriza. Reflejó, por cierto, de su oratoria a contrapelo, nada grandilocuente para lo que se llevaba por entonces, recelosa siempre de cualquier ampulosidad (consideraba «femenina» la textura de los discursos «ate|neorados» de los grandes oradores de su tiempo), pero inseparable de la prosa periodística de entonces y de las lecturas más heterogéneas. En su caso, como confiesa (atribuyendo' la cosa a magisterio de Montero Ríos) cualquier discurso hablado le preocupa, inquietándolo hasta el extremo de considerar siempre su exposición demasiado concisa, conceptual, de inevitable falseamiento en los resúmenes de prensa o en los mismos diarios de sesiones. Añádase a Jo anterior el tono caviloso e informado en diversas fuentes, de ¡que gusta empapar todo el relato, no exento nunca de emoción, pero irónico y acerado las más de las veces.

En suma: los inéditos de Pórtela Valladares deparan al lector la inesperada ocasión de advertir dos suertes complementarias de ejercicio intelectual. En las Memorias, el reflexivo intento de narrar sus experiencias como testigo-protagonista, ateniéndolas a un conjunto de explicaciones que liga de manera secuencial, ciñéndose más bien al esquema establecido por la historia política. En el Dietario la heterogeneidad —tan propia del género— es mayor. Abundan las opiniones (propias y de los más distintos interlocutores), las notas de ocasión, la correspondencia, entrevistas publicadas o inéditas..., con toda la carga de indecisión, alternancia en los juicios, propias de la observación diaria y cotidiana de los graves acontecimientos que nacen de la guerra civil española para dilatarse hasta las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial.

La gravedad de los sucesos o de las situaciones históricas objeto de relato, acrecientan el interés de estas anotaciones. Acaso la sutileza que mejor revela el fuste político e intelectual del personaje se muestre precisamente en su Dietario, sobre todo por la relevancia que su autor concede a los condicionantes internacionales. Pero, de manera simultánea, parece innegable que ese interés se acrecienta en las abundosas páginas referidas a los casos concretos de

LOS ÁMBITOS DE LA MEMORIA

LA TEMÁTICA Y LOS PERSONAJES

**LA
CRUELDAD DE
LA HISTORIA**

Galicia y de Cataluña, las dos comunidades que —junto a la experiencia que de Madrid saca el gobernante— centraron durante tantos años los círculos de relación de este impulsor de la modernidad y de los negocios urbanos, agrario, galleguista y federalista al propio tiempo, que amaba el orden público por encima de casi todas las cosas (si bien —«tocando el órgano»— supo conciliarlo casi siempre icón el ejercicio más amplio de las libertades).

El repaso histórico, pese a todo, no resulta homogéneo. Al practicar dos: géneros tan subjetivistas como la memoria y el dietario, ya se comprende que el autor vuelve de continuo sobre sus propios demonios y angustias. Así, dada su trascendencia, el fracaso en el diseño de un Partido de Centro Democrático capaz de centrar y moderar la Segunda República, evitando los bandazos y enfrentamientos que la «destruyeron», constituye uno de sus nudos. Despejar toda duda de que el «abandono del poder» en favor de Azaña, el 19 de febrero de 1936, fuera puro abandonismo irresponsable, es otro de los retornos más constantes. En estos pasajes, de manera gradual, va componiendo su idea de que el Alzamiento militar y derechista de julio de 1936, debe anticiparse al 17 de febrero, cuando toda la derecha española —empezando por el general Franco, Gil Robles, Calvo Sotelo o el propio José Antonio Primo de Rivera— le instan a mantenerse en el poder, estableciendo una dictadura con respaldo militar, no una mera interinidad hasta el esclarecimiento definitivo de los resultados del sufragio... Pero el recurso a las confidencias de las más variopintas «amistades», a la tertulia siempre vivaz de su casa o de las casas, embajadas o lugares tan dispares que frecuenta, cargan de información inesperada estas páginas, iluminando los momentos históricos más relevantes de la historia española del presente siglo, donde siempre aparece el mismo discurso razonador, a contrapelo del lugar común, aplicado a los más diversos y dispersos acontecimientos.

La imagen tejida resultante, por salir a la contra de lo que se creía o proclamaba, le pareció demasiado cruda para la crueldad del momento. Así, el lapso que lleva de la primera redacción, iniciada en 1936, hasta su propia muerte (1952), fue ocasión de repaso y reescritura de sus páginas, matizando, corrigiendo, añadiendo nuevos detalles a las impresiones originarias, hasta ajustaría a su visión —por así decir— definitiva. Pese a estos cuidados del autor, casi cuarenta años de silencio pesan sobre ellas. Muchas de las cuestiones aquí abordadas desconcertarían por su novedad leídas entonces, en 1950, cuando eran rigurosamente desconocidas, pero hoy han pasado (como lugares comunes, incluso) a la literatura circulante. Sorprende, sin embargo, que el paso del tiempo no haya aminorado su interés de conjunto, ni atenuado el desconcierto que produce en determinadas secuencias ese agrio relato, empapado de escéptica ironía muchas veces. Acaso por esto mismo, hayan permanecido como ocultas, pese a ser conocida su existencia desde antiguo, pese a que su accesibilidad parece haber sido considerable.

Que eran conocidas de los protagonistas, evidente. El propio Pórtela nunca tuvo cuidado en proclamarlo a los cuatro vientos, lo

mismo en declaraciones públicas que en cartas, incluso en distintos interrogatorios policiales de que fue objeto, sufridos en la Francia ocupada, por la policía de Pétain o por la Gestapo, pero siempre a instancias de la Embajada de España. El lector recordará cómo Jesús Pabón —sabiendo de ellas— las echó en falta al redactar el primer volumen de *Cambó*. De su accesibilidad dice la consulta realizada por Guillermo Cabanellas al preparar la redacción de *Cuatro generales. Preludio de la guerra civil*, donde se usan con demasiado desparpajo (sin indicar siquiera que parte de sus citas pertenecen en un caso a las Memorias y en otro al Dietario). Su arranque, en recortes cargados de intención, fue difundido además por la prensa franquista en plena guerra civil, con idéntica parafernalia que las paralelas de Azaña, pero aquí con la intención de desprestigiar por completo a un personaje que, habiendo dirigido al propio general Franco carta expresiva de adhesión en octubre de 1936, se presentaba como máxima estrella —invitada personalmente por el presidente Negrín— en las Cortes republicanas de Valencia, un año más tarde...

En este sentido, dada la relación, política y personal, tan estrecha, mantenida durante bastantes años de vida pública entre Niceto Alcalá Zamora y Manuel Pórtela Valladares, no: deja de sorprender la coincidencia de ambos en la realización simultánea de estos mismos géneros de autoanálisis (si bien don Niceto hubo de sufrir el misterioso quebranto de su pérdida —irreparable, hasta el momento, para su dietario—, frente a la suerte del hallazgo inédito de este arsenal de Pórtela).

Debo concluir estos detalles añadiendo que tal hallazgo no ha sido mérito de este buscador de pequeños tesoros documentales que aquí escribe (y que tuvo a su cargo las anunciadas ediciones). Mi esfuerzo en este caso fue modesto. Guiado por su catálogo —impreso— me encaminé hacia Vigo, ciudad donde tiene su sede la emérita Fundación Penzol. Una vez allí, dedicando algunas horas a la lectura de tan abundosos materiales, llegué a convencerme de su importancia y de la necesidad de dar a los mismos publicidad. Sólo encontraría después facilidades. Queda dicho: a partir de este año, los lectores, estudiosos e investigadores podrán contar con un arsenal de opiniones, comentarios y documentos que, por muy distintos motivos, permanecían inéditos y esquivos, pese a su excepcional importancia.

Ahora, con ambas ediciones circulando, trataremos de comprar —una vez más— esta manía metodológica de nuestra cosecha: que el relato verdaderamente histórico se diferencia del periodístico en que no debe poner su principal empeño en volver a contar las cosas de ayer tal como las pregonaron sus contemporáneos, sino en alterarlas metódicamente, removiendo —con la ventaja del tiempo y del consabido apoyo documental— ideas y valoraciones establecidas. Acaso, en fin, convengan conmigo que el descubrimiento de Pórtela Valladares, a pesar de todos sus rodeos, silencios y claroscuros, constituye una verdadera sorpresa. Mereció la pena.

**HALLAZGO
IMPORTANTE**